

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V5

Capítulo 87: ¡Una mano oculta!

La Reina Mariposa de Alas Venenosas, clasificada como especie peligrosa de rango A, normalmente no habría sido más que una breve distracción para Leon. Era el tipo de tarea que podía terminar en el tiempo que le tomaba tomar una taza de té.

Pero como Mevis había insistido en que derribar a la bestia con demasiada facilidad podría afectar la evaluación de Noa, Leon se contuvo a regañadientes y trabajó en sincronía con ella.



Al acercarse, la Reina Mariposa, al percibir la presencia de intrusos, emergió de su nido. Desplegó sus enormes y brillantes alas, expulsando una densa nube de niebla púrpura tóxica mientras emitía un grito agudo.

—Sonríe, Príncipe. No temas, la niebla es inofensiva —bromeó Mevis.

Ella extendió sus propias alas de dragón y las agitó poderosamente, dispersando la niebla venenosa.

León permaneció inmóvil, con las manos en los bolsillos, observando en silencio la exhibición. Pero en su mente, no pudo evitar quejarse:

Lucas alas más grandes que las de la Reina Mariposa y luego anulas su única habilidad ofensiva de entrada. ¿Cómo se supone que funciona este trabajo en equipo, señora? ¡Mejor juega sola!

Tras despejar la niebla, Mevis replegó sus alas y aterrizó con gracia. Se giró hacia León.

—Príncipe, ¿por qué te quedas ahí parado mirando?

Sorprendido, León sacó lentamente una mano del bolsillo y saludó con la mano con indiferencia. "¡Vamos, maestra Mevis! ¡Eres increíble!"

Su sarcasmo era palpable, pero Mevis simplemente sonrió.

—Eres todo un espectador, ¿verdad, Príncipe?

Añadió: "Supongo que no tienes forma de manejar la niebla, ¿correcto?"

León se rascó la mejilla con torpeza. "Bueno... supongo que tienes razón."

La magia del trueno y las habilidades basadas en veneno no se llevaban bien, así que Leon carecía de un método efectivo para contrarrestar la niebla. Sin embargo, si hubiera sido por él, simplemente habría activado su modo de manto de sombra, habría enviado a la Reina Mariposa a la siguiente semana y habría terminado con todo.



"Muy bien, coordinémonos adecuadamente a partir de ahora", sugirió Mevis.

"Está bien", asintió Leon a regañadientes, dando un paso adelante para unirse a ella en la batalla.

Al darse cuenta de que su ataque de niebla había sido inútil, la Reina Mariposa se elevó en el aire. Si bien volar normalmente ofrecía una ventaja táctica, no era así contra los dragones.

"¿Por qué no vino Roo hoy?", murmuró León para sí mismo. "¡Le daría una paliza!"

Mevis ladeó la cabeza. "Príncipe, ¿no sabes volar?"

—Yo, eh... mis alas están heridas. Aún no se han curado — mintió León, evitando su mirada divertida.

Mevis dejó escapar una risa suave, sacudiendo ligeramente sus hombros.

"¿Qué es tan gracioso?" preguntó León molesto.

—Oh, nada. Lo siento, Príncipe —dijo Mevis, aunque su leve sonrisa persistió.

Se agachó un poco y entrelazó los dedos, ofreciendo sus manos como punto de apoyo. "Permíteme ayudarte a levantarte".

—¿No es un poco innecesario? Podrías derribarlo de un solo golpe —murmuró León mientras se subía a sus manos.

"No me gustan las teatralidades innecesarias", respondió Mevis simplemente.

Con un gesto, León se preparó y juntos lo lanzaron hacia el cielo.

La Reina Mariposa, al ver acercarse a León, desató otra ráfaga de niebla venenosa. Mevis, aún en el suelo, la despejó rápidamente con un aleteo.



León, ahora a tiro, canalizó magia de trueno hacia su mano derecha. Un rayo salió disparado, impactando con precisión una de las alas de la Reina Mariposa. La criatura emitió un chillido y su vuelo se desestabilizó al caer de nuevo al suelo.

León aterrizó con gracia, sacándose las manos del polvo.

—Impresionante, Príncipe —dijo Mevis mientras se acercaba.

—Los halagos no son necesarios —respondió León sonriendo.

Mevis rió levemente; su sonrisa tenía una calidez enigmática.

La Reina Mariposa, maltrecha y en el suelo, lanzó un grito lastimero. Echó un vistazo a su nido en la cima de la cascada antes de batir trabajosamente el ala que le quedaba y retirarse al bosque.

“¿Deberíamos continuar con ello?”, preguntó Mevis.

León negó con la cabeza. —No hace falta. Las reinas de las mariposas de alas venenosas no construyen nidos cerca del agua a menos que estén poniendo huevos. Probablemente se esté reubicando después de este encuentro.

Continuó: «Una vez que termina la temporada de apareamiento, ya no libera feromonas. Estas criaturas forman parte del ecosistema: son importantes polinizadores para plantas más grandes. Matarlas innecesariamente perturbaría el equilibrio».

Mevis asintió, pensativa. «Eres diferente a otros padres, Príncipe».

León levantó una ceja. "¿Cómo?"

Muchos padres no se toman estas pruebas en serio. Si bien técnicamente cumplen los objetivos, a menudo pasan por alto la importancia de la participación y la educación familiar. Sin embargo, su enfoque fue innovador.

León se encogió de hombros. «Solo quiero que mis hijas aprendan qué vale la pena hacer y qué no. A veces, la forma de lograr algo importa más que el resultado».



Al regresar al nido, Mevis lo retiró y sacó un cristal verde jade de su bolso. Lo colocó en el charco contaminado de la cascada, donde comenzó a brillar tenuemente.

En cuestión de momentos, el agua se aclaró y el tono púrpura oscuro desapareció a medida que la magia del cristal la purificó.

«Objetivo cumplido», declaró Mevis, recogiendo el cristal, ahora opaco. Sacó un cronómetro de su bolsillo, que indicaba el tiempo restante de la prueba.

Terminamos en poco más de cuatro horas. Eso nos deja casi ocho horas libres. Regresemos a la entrada del bosque y esperemos a Noa y Helena.

—Suena bien —coincidió León.

De regreso a la entrada del bosque, Mevis encendió una fogata y le entregó a Leon una manta de su bolso.

“Descansa, Príncipe”, dijo.

León murmuró su agradecimiento, envolviéndose en la manta mientras se apoyaba en un árbol. Los acontecimientos del día lo habían dejado un poco fatigado, y la fresca brisa nocturna era extrañamente relajante.

Mientras el fuego crepitaba suavemente, acompañado de chirridos y crujidos distantes, León cerró los ojos, con la intención de descansar.

—Príncipe, ¿estás dormido? —La suave voz de Mevis rompió el silencio.

León, curioso, decidió fingir que dormía. Permaneció inmóvil, esperando a ver qué hacía ella.

Se acercaron pasos, débiles pero deliberados. Mevis se agachó junto a él, su

Movimientos cuidadosos y medidos. León podía sentir su presencia a través de los leves cambios en la presión del aire y el susurro de la hierba.

Extendió la mano hacia él, acercándola a su rodilla. Bajo la manta, León reunió discretamente una pequeña carga de magia de trueno, lista para actuar si era necesario.

Te tengo, pensó, seguro de que éste era el momento en que sus verdaderas intenciones se revelarían.

Pero en lugar de hacer nada malo, Mevis tiró suavemente de la manta, cubriendo su pecho con más seguridad.

—Eres un hombre tan adulto, pero duermes tan despreocupadamente. Te vas a resfriar —murmuró en voz baja.

La magia del trueno de León se disipó al instante, dejándolo con una sensación de estupidez. Siguió fingiendo dormir mientras Mevis se levantaba y regresaba a su asiento junto al fuego.

Abriendo apenas un ojo, León observó su silueta contra la luz del fuego. Parecía serena, contemplando las llamas con una expresión indescifrable.



El enigma de Mevis se agudizó. *¿Quién eres realmente, Maestro Mevis?*, reflexionó León en silencio, mientras los suaves sonidos de la noche lo arrullaban hasta un auténtico descanso.

Traducido por:

ꪊꪀꪎꪀꪎ – RexScan

